

J O S E P H   R A M O S

# JESÚS

*Nueve miradas sobre  
una vida desafiante*

PAIDÓS

## CAPÍTULO 1

### Jesucristo en la poesía chilena<sup>7</sup>

Quiero partir este primer capítulo con la amplia variedad de visiones sobre Jesús que se encuentran en la poesía chilena. Para ello he seleccionado cuatro poetas chilenos, representativos del extenso espectro de miradas que se han dado a lo largo de la historia, sin agotarlas, por cierto. En efecto, la figura de Jesucristo ha fascinado y motivado a numerosos poetas nacionales, sobre todo su pasión. Esto último no es de extrañar, pues se ha dicho que los Evangelios no son sino relatos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, con una introducción.

Los cuatro poetas seleccionados por mí para este fin son Eduardo Anguita, Gabriela Mistral, Nicanor Parra y Pablo de Rokha. Fueron elegidos no solo por la calidad de su poesía, sino porque los cuatro juntos ofrecen un abanico de interpretaciones bastante amplio: desde la interpretación más tradicional del cristianismo en Anguita a la más radical, el Jesús héroe revolucionario en De Rokha, pasando por el Jesús sufriente de Gabriela Mistral. Lo de Parra es un tema abierto, pues nunca se está seguro detrás de su ironía, cuánto es escepticismo fingido, cuánto es real. Pero, por eso mismo, por su ambigüedad al respecto, lo he elegido, pues me parece que refleja un agnosticismo inquieto, característico de nuestra época y, no dudo,

---

7 La literatura sobre la poesía religiosa chilena es vasta. Para una muestra véase ARTECHE, MIGUEL Y Rodrigo Cánovas., *Antología de la poesía religiosa chilena*. Universidad Católica de Chile, 1989, y, más recientemente, FABRY, GENEVIÈVE. *Pasiones chilenas: Representación de Cristo en la poesía de Rosa Araneda a Raúl Zurita*. Iberoamericana, 2022. Como dije, yo me limitaré a una muestra de cuatro.

también de muchos de ustedes, mis lectores. Creo que no me equivoco al afirmar que en el fondo del aparente agnosticismo de Parra hay una inquietud religiosa y respeto profundo por la figura de Jesús.

#### EDUARDO ANGUIA

Entre las miradas más ortodoxas, pero potentes, destaco el poema de Eduardo Anguita, titulado “La Única Razón de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”.<sup>8</sup>

#### Arlequín

Nuestro Señor Jesucristo padeció únicamente por Jenaro Medina.

Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por la señora Hortensia.

Nuestro Señor Jesucristo murió exclusivamente por el Chipo Cruz

Nuestro Señor Jesucristo —Eli Eli lama sabajtani— por Alemparte,

por Gaete por los hijos de Weir Scott.

Por mí y por todos los chilenos todos los uruguayos

los suramericanos los norteamericanos los ingleses

los franceses los españoles los italianos

los rusos los ciegos los gordos los sabios los egipcios

los atletas los caldeos los militares los iraníes los

liberales los lisboetas los utopistas los explotados

los condenados de la tierra los explotadores los esclavos

sin pan los mormones los vendedores los productores los consumidores

los suizos los músicos los gobernantes los sordos ay

---

8 Ver ANGUIA, EDUARDO. *Poesía entera. Obra poética completa*. Editorial Universitaria, 1994. Este poema se encuentra en la Parte VII de la obra, en la sección titulada “Liturgia”. Se cree que fue escrita en algún momento entre los años 1948 y 1953.

Sus llagas se hicieron por todos ellos por todos nosotros

Y todos cabemos en ellas y todos somos redimidos

Pero Jenaro Molina solo

O yo solo

O la simple señora Hortensia

Es la causa de toda la Pasión y la Muerte de Nuestro Señor Jesucristo

CORO:

Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por el chico Molina

Murió exclusivamente por la señora Hortensia

Por los caldeos por los intermediarios los soberbios

los jordanos Meneses los ejecutivos...

ARLEQUÍN

No sigamos nombrando por qué única creatura padeció y murió

Nuestro Señor Jesucristo

Todos saben que fue por mí solamente por mí

CORO:

Miiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii (cantando nota Mi)

CORO MUJERES:

Miiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii (nota Mi una octava más alta)

Como se ve, Anguita resalta tanto la universalidad como lo personal del amor de Jesús. Él entregó su vida por todos nosotros, así como por cada uno en particular: por los anónimos de este mundo, como la señora Hortensia y el Chipo Cruz, así como por las distintas razas y nacionalidades sin distinción; tanto por los malos, los explotadores, como por sus víctimas, los explotados. No nos ama por nuestros méritos, sino porque todos somos hijos de Dios. Por eso Jesús sufrió por nosotros, sin distinción, seamos creyentes o no creyentes, buenos o malos, blancos, negros, amarillos, o de todos los demás tonos. Pero sufre también por mí, por ti, por cada uno de nosotros, aunque fuéramos los únicos en el mundo, solo tú o solo yo. Así es su amor, sin límites, universal y particular.

Qué potente el mensaje de Anguita.

## GABRIELA MISTRAL<sup>9</sup>

Gabriela Mistral era católica, aunque no del todo ortodoxa, y muy conoedora e influenciada por otras religiones, incluyendo la teosofía. Gracias a una abuela que la introdujo desde temprana edad a los salmos y al Antiguo Testamento, era muy leída en la Biblia, cosa excepcional en el mundo católico de la época. Igual que Jesús, venía de un pueblo insignificante (Vicuña) en el valle del Elqui, tan remoto para la civilización como lo era Nazaret en tiempos de Jesús.

La figura de Jesús la cautivaba y su fascinación por él es una constante en su poesía. Tal vez por la dureza de la vida que ve a su alrededor, su fascinación está sobre todo en el Jesús sufriente. Es en su dolor que Mistral encuentra que Jesús es más humano. Su “Oración al Cristo del Calvario” se inspira en ese Cristo sufriente, por asumir y hacer suyo el dolor, por no decir la desolación, de las personas.

### Oración al Cristo del Calvario

En esta tarde, Cristo del Calvario,  
vine a rogarte por mi carne enferma;  
pero, al verte, mis ojos van y vienen  
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,  
cuando veo los tuyos destrozados?  
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,  
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,  
cuando en la cruz alzado y solo estás?  
¿Cómo explicarte que no tengo amor,  
cuando tienes rasgado el corazón?

---

<sup>9</sup> Los poemas que citaré se encuentran todos en Mistral, Gabriela. *Poesía reunida*, Fondo de Cultura Económica, 2021.

Ahora ya no me acuerdo de nada,  
huyeron de mí todas mis dolencias.  
El ímpetu del ruego que traía  
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y solo pido no pedirte nada,  
estar aquí, junto a tu imagen muerta,  
ir aprendiendo que el dolor es solo  
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

La petición es la oración típica del ser humano: que Dios nos cure de alguna enfermedad o nos apoye y acompañe en alguna crisis. Sin embargo, al observar el calvario, una muerte cruel e injusta, la Mistral se traga su ruego y purifica su petición: “Solo pido no pedirte nada”. Y ¿cómo podría ser de otro modo cuando comparamos nuestras dolencias con el padecimiento de Jesús en la cruz? Su calvario no elimina nuestro sufrimiento, pero ciertamente lo relativiza, y según la Mistral lo transforma en “la llave santa de tu santa puerta”. Así la pasión de Cristo le da sentido a su dolor, convirtiéndolo en el camino privilegiado a lo sagrado. Por cierto, no hay que buscar el dolor de forma masoquista (por ejemplo, autoflagelándose como antaño), pues el sufrimiento en sí es malo, sino que la Mistral ve que el sufrimiento puede adquirir sentido, si se convierte, como lo hizo Jesús, en un camino a Dios. Y sugiere que, al verlo a él asumir la aflicción de la cruz, se nos aliviana nuestra propia carga.

En el siguiente poema, “Al oído de Cristo”, Mistral vuelve al Cristo doliente de la cruz. Pero el contraste en este poema no está entre el sufrimiento de Jesús y nuestro dolor, como en el anterior poema del Cristo en el calvario.

## Al ído de Cristo

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;  
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:  
estas pobres gentes del siglo están muertas  
de una laxitud, de un miedo, de un frío.

A la cabecera de sus lechos eres,  
si te tienen, forma demasiado cruenta,  
sin esas blanduras que aman las mujeres  
y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,  
no fueran capaces de amarte tampoco  
así, con sus ímpetus laxos y marchitos.  
Porque como Lázaro *ya hieden, ya hieden*,  
por no disgregarse, mejor no se mueven.  
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

## II

Aman la elegancia de gesto y color,  
y en la crispadura tuya del madero,  
en tu sudar sangre, tu último temblor  
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,  
les parece que hay exageración  
y plebeyo gusto; el que Tú lloraras  
y tuvieras sed y tribulación,  
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.  
Tienen ojo opaco de infecunda yesca,  
sin virtud de llanto, que limpia y refresca;  
tienen una boca de suelto botón  
mojada en lascivia, ni firme ni roja;  
y como de fines de otoño, así, floja  
e impura, la poma de su corazón!

## III

... ¡Oh Cristo! un dolor les vuelva a hacer viva  
l'alma que les diste y que se ha dormido,  
que se la devuelva honda y sensitiva,  
casa de amargura, pasión y alarido.  
¡Garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan

tal como se hienden quemadas gavillas;  
llamas que a su gajo caduco se prendan,  
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!  
¡Llanto, llanto de calientes raudales  
renueve los ojos de turbios cristales  
y les vuelva el viejo fuego del mirar!  
¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!  
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,  
si son paja de eras, ¡desciende a aventar!

Más bien aquí la Mistral contrasta el sufrimiento de Jesús con la ceguera de tantos de nosotros; cómodos en nuestra laxitud e indiferencia, adormecidos por costumbramiento frente al dolor, tanto al de nuestros hermanos a nuestro alrededor como al sufrimiento que padece Jesús. Las cruces están sobre nuestras camas como adorno y consolación, y no ya como era, en realidad, la cruz, un brutal instrumento de tortura y ejecución. Aunque colguemos cruces, no vemos el sufrimiento de Jesús crucificado, sino solo al resucitado.

Por eso en el tercero de los sonetos, la Mistral pide que volvamos a ver el dolor de Cristo, pues solo mirándolo, sin escondernos, podremos revivir nuestras almas adormecidas. Por cierto, no cuesta mucho transferir esto a los muchos sufrientes de hoy, cuyo sufrimiento no vemos por costumbramiento o, peor, cuyo sufrimiento explicamos, sin que nos toque los corazones. De ahí que, junto a esta denuncia, la Mistral aboga por un cristianismo con sentido social, pues el Evangelio no consiste en bellas palabras para elevar el alma, sino para cambiar al mundo.<sup>10</sup>

Más esperanzador es el poema “Locas letanías”, donde Mistral le pide a Jesús por su madre. Las letanías cantan esperanzadas, ya no en el Cristo sufriente y crucificado, sino en el Cristo resucitado.

---

10 Ver su ponencia de 1924, “Cristianismo con sentido social”, en el libro editado por DEL POZO, DIEGO. *Toda culpa es un misterio. Antología mística y religiosa de Gabriela Mistral*. La Pollera Ediciones, 2020.



## Locas letanías

¡Cristo, hijo de mujer,  
carne que aquí amamantaron,  
que se acuerda de una noche,  
y de un vagido, y de un llanto:  
recibe a la que dio leche  
cantándome con tu salmo  
y llévala con las otras,  
espejos que se doblaron  
y cañas que se partieron  
en hijos sobre los llanos!

¡Piedra de cantos ardiendo,  
a la mitad del espacio,  
en los cielos todavía  
con bulto crucificado;  
y cuando busca a sus hijos,  
piedra loca de relámpagos,  
piedra que anda, piedra que vuela,  
vagabunda hasta encontrarnos,  
piedra de Cristo, sal a su encuentro  
y cíñetela a tus cantos  
y yo mire de los valles,  
en señales, sus pies blancos!

¡Río vertical de gracia,  
agua del absurdo santo,  
parado y corriendo vivo,  
en su presa y despeñado;  
río que en cantares mientan  
“cabritillo” y “ciervo blanco”  
a mi madre que te repecha,  
como anguila, río trocado,  
ayúdala a repecharte  
y súbela por tus vados!

¡Jesucristo, carne amante,  
juego de ecos, oído alto,

caracol vivo del cielo,  
de sus aires torneado:  
abájate a ella, siente  
otra vez *que te tocaron*;  
vuélvete a su voz que sube  
por los aires extremados,  
y si su voz no la lleva,  
toma la niebla de su hálito!

¡Llévala a cielo de madres,  
a tendal de tus regazos,  
que va y que viene en un golfo  
de brazos empavesado,  
de las canciones de cuna  
mecido como de tallos,  
donde las madres arrullan  
a sus hijos recobrados  
o apresuran con su silbo  
a los que gimiendo vamos!

¡Recibe a mi madre, Cristo,  
dueño de ruta y de tránsito,  
nombre que ella va diciendo,  
sésamo que irá gritando,  
abra nuestra de los cielos,  
albatros no amortajado,  
gozo que llaman los valles!  
¡Resucitado, Resucitado!

Por cierto, este es un Cristo muy humano y *cercano*: “hijo de mujer, carne que aquí amamantaron...” que recibe “a la que dio leche, cantándome tu salmo. ... Abájate a ella, siente otra vez que te tocaron” como la mujer del Evangelio que sufría de un flujo de sangre. Le implora: “llévala al cielo de madres”. La Mistral proclama, con el Evangelio, que Jesús es el camino y la vida, “dueño de ruta y de tránsito”, nos dice: porque puedes, has ¡Resucitado! Este poema

figura en *Tala*, de 1938, que la Mistral considera su obra madura, donde la esperanza y la confianza le ganan a la desolación.

Finalmente, aunque es prosa, no poema, no puedo dejar de citar los primeros dos “mandamientos” de su “Decálogo del artista”, que tan bien resumen su filosofía:

- I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el universo.
- II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.

#### NICANOR PARRA

Resulta una gran casualidad que el Elqui vuelva a figurar en la poesía, no por ser Parra oriundo del valle, como la Mistral, sino por tener como inspiración un personaje real que vivió y predicó ahí a principios del siglo xx, Domingo Zárate. “La vuelta del Cristo de Elqui” de Nicanor Parra<sup>11</sup> reúne los primeros *Sermones y prédicas* de 1977 con los *Sermones y prédicas* que le siguieron en 1979 y 1983. El personaje de Zárate le brinda a Parra la oportunidad de examinar el alma chilena a su manera: en un lenguaje popular, un tanto irreverente y burlesco, a la vez incisivo y profundo. La figura no es Cristo reaparecido, el poema mismo lo declara, pero sí sirve para revelar profundidades del alma que el propio Cristo, y ciertamente Parra, tocaría.

El Poema xxxii describe quiénes son los amigos de este “Cristo del Elqui”.

los enfermos  
los débiles  
los pobres de espíritu  
los que no tienen donde caerse  
muertos  
los ancianos.

---

11 PARRA, NICANOR. *La vuelta del Cristo de Elqui*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.

los niños  
las madres solteras  
—los estudiantes no porque son revoltosos—  
los campesinos porque son humildes  
los pescadores  
porque me recuerdan  
a los santos apóstoles de Cristo  
los que no conocieron a su padre  
los que perdieron como yo a su  
madre  
los condenados a cadena perpetua  
en las llamadas oficinas públicas  
los humillados por sus propios hijos  
los ofendidos por sus propias  
esposas  
los araucanos  
los postergados una y otra vez  
los que no saben siquiera firmar  
los panaderos  
los sepultureros  
amigos míos son  
los soñadores- los idealistas  
que entregaron su vida como Él  
en holocausto por un mundo mejor.

Como se puede apreciar, los amigos de este profeta son una versión actualizada de los pobres, marginados y olvidados que Jesús declaró como los predilectos de Dios, y por los cuales dio su vida.

El Cristo del Elqui entrega consejos prácticos, pero muchos con significación moral. Recomienda (poema VII) que “los maridos debieran seguir un curso por correspondencia si no se atreven a hacerlo personalmente sobre los órganos genitales de la mujer...” pues, si no, habrá “problemas conyugales, adulterio, calumnias, separación y ¿cómo quedan esos pobres hijos?...”.

Hay giros inesperados de sabiduría (poema XXXIII): “el error es una fuerza motriz, ay del humano que no tierra nunca”. O el poema

xxxvii: “La neurosis no es una enfermedad. Es una concentración de energía psíquica que debemos saber aprovechar. Un neurótico bien administrado rinde el doble o triple que un sujeto normal...”.

Por cierto, Parra no sería Parra si no hubiera crítica a los sacerdotes. Entre tantos, está el poema xvii:

Hay algunos sacerdotes descriteriados que se presentan a decir misa  
luciendo unas enormes ojeras  
artificiales,  
y por qué no decirlo francamente  
con los cachetes y labios pintados  
Su Santidad debiera tomar nota.

Pero no solo los curas merecen su crítica. También en el poema xxxviii cuestiona a esos “charlatanes de sobremesa”:

en su locura llegan a decir  
que no fue Dios quien nos creó a  
nosotros  
sino nosotros quienes lo creamos a  
Él  
estupidez que no merece réplica  
como si lo imperfecto  
pudiera dar origen a lo perfecto  
como si lo finito  
dar origen pudiera a lo infinito  
como si lo mortal  
origen dar pudiera a lo inmortal.

Parra aquí levanta un interesante punto filosófico: que lo imperfecto y finito no pueden dar origen a lo perfecto e infinito. De ahí concluye que son charlatanes los que afirman que fuimos nosotros, los imperfectos, los que inventamos a Dios; más bien, arguye él, que

fue lo perfecto, Dios, el que nos creó a nosotros. Es un argumento interesante. Sin embargo, ¿realmente duda Parra que el hombre sea capaz de crear un Dios a su medida para callar su angustia existencial? ¿Será el escéptico de Parra o el sofista de Zárate el que habla aquí?

En el poema XLII, nos habla de la presencia del Espíritu, tanto donde es normal encontrarlo como donde es difícil descubrirlo.

La presencia del Espíritu Santo  
se percibe con nitidez  
en la mirada de un niño inocente  
en un capullo que está por abrir  
en un pájaro que se balancea sobre  
una rama

(...)

lo difícil es saber detectarlo  
donde parecería que no está

(...)

quién podría decir que lo percibe en los achaques de la ancianidad

en los afeites de la prostituta  
en las pupilas de los moribundos?  
y sin embargo también está ahí  
pues lo permea todo como el sodio  
¡que lo digan los Padres de la Iglesia!

Arrodillémonos una vez más  
en homenaje al Espíritu Santo  
sin cuyo visto bueno nada nace ni

crece

como tampoco muere en este  
mundo.

Es fácil encontrar al Espíritu en la mirada del niño inocente o en la belleza de la naturaleza, como el capullo por abrir o el pájaro balanceándose en la rama. Pero Parra pregunta, si Dios está en todo, ¿dónde está en los achaques del anciano o en los pupilos del moribundo? Es otra manera de presentar el “problema del mal”, pues Dios parecería



de la mujer? Y, como buen hedonista, disfrutará de ella todo lo que pueda, pues ¿eso es todo lo que hay y mañana se muere? Me parece que Parra representa una mirada agnóstica frente al enigma de Jesús, pero es un agnosticismo inquieto. Como sugiere Ignacio Valente (el padre José Miguel Ibañez Langlois), Parra ronda lo trascendente.

#### PABLO DE ROKHA

En los años treinta, Pablo de Rokha escribió un largo poema en prosa, titulado *Jesucristo*.<sup>13</sup> Si bien de Rokha ya era comunista, y próximamente se haría militante del partido, sentía una fuerte atracción hacia la figura de Jesús por la radicalidad de su mensaje social. A su vez sentía repulsión por la Iglesia católica, por haber traicionado, a su manera de ver, ese mensaje revolucionario y haberlo convertido en una suerte de apología del sistema que adormecía a las masas explotadas, induciéndolas a resignarse a su situación.

Después de un breve primer capítulo referido a su pareja, Wine-tt, el segundo capítulo del poema narra la vida de Jesús, siguiendo bastante fielmente los Evangelios hasta su crucifixión y muerte (sin referencia, por cierto, a su resurrección). En este segundo capítulo enfatiza la figura heroica de Jesús. Por ejemplo, después de perderse en el templo a los doce años: “Crecía en espíritu Jesús y fortalecía, sumando carne de desastres, para la suma heroica...”. Más adelante al expulsar espíritus malos: “La voz heroica (...) gritaba, como una llaga que habla, como una llaga que anda sobre sí misma e irremediable, gritaba el himno de los héroes y los mártires, todo blanco, todo rojo, todo negro y amarillo, como Dios y sin lógica...”.

Al avanzar el poema se pasa de la figura heroica de Jesús a su prédica, en especial su evangelio social, donde de Rokha les agrega frases propias a las Escrituras para resaltar la radicalidad de Jesús y su firme compromiso con lo social: “No creáis que he venido a lanzar paz sobre la tierra: no he venido a lanzar paz, sino cuchilla;

---

13 DE ROKHA, PABLO. *Jesucristo*. Antares, 1936.



pues he venido a dividir hombre contra su padre, e hija contra su madre, y nuera contra su suegra; y ¡enemigos del amo sus domésticos! ...”. (...) “Ay! De los satisfechos, los ricos, los poderosos, ay! De los tiranos desvergonzados, glotones que escupen su hartura sobre el hombre pobre, ay!”. El Jesús de De Rokha no deja duda de quiénes son los malos, ni de cuán malos son. Por eso, en el cuento del rico y el pobre Lázaro, no le basta decir que el rico era rico, sino que era “un rico, muy rico, que vestía la púrpura plutocrática y el lino fino...”. Inclusive, Jesús anticipa a Marx, aboliendo la propiedad: “Y a quien te arrebatara lo que posees, ardientemente, bendícelo, porque no existe la propiedad, ni lo mío, ni lo tuyo...”.

El capítulo 3 se aparta cada vez más libremente del Evangelio, interpretando a Jesús como “el revolucionario comunista del Gólgota” y “el ajusticiado de Nazaret, bandera del proletariado crucificado”, al que “lo crucificaron porque arrasó a patadas a los académicos de Dios y su literatura”. No hay duda de que Jesús tenía una predilección por los pobres y los más necesitados. También consideraba que el afán por la riqueza era un impedimento para llegar a Dios, pues era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja a que un rico entrara al Reino. Pero de ahí a que abogara por una revolución del proletariado suena más a De Rokha que a Jesús. Asimismo, es de notar que, en la medida en que De Rokha hace de Jesús una figura cada vez más revolucionaria, su lenguaje se hace cada vez más fuerte y crudo.

Por cierto, no puede faltar la crítica a la autoridad religiosa. De Rokha pone de su parte y despotrica contra la Iglesia y hasta el mismo Dios: “Y la iglesia es la gran vasija del Estado...”; (...) “Como el régimen capitalista lo inventó Dios, es menester que existan ricos y pobres; amancebados en la caridad católica; sí, y curas rotundos, alimentados con oro rociado de lágrimas de ánimas a la cascada, prelados, enormemente cebados, y canónigos con pechos egregios de golondrinas...”; (...) “Invocándolo se apuñaleó al hambriento, al obrero, al enfermo, ametrallándolos al sol de la justicia; invocándolo se degolló a viejos y mujeres y niños; invocándolo se escupió

su propia imagen por los asesinos engreídos del imperialismo y sus laureles de servidumbre...”. No hay duda de que a lo largo de la historia muchos cristianos han justificado el sistema de clases como de derecho natural, parte del plan de Dios. Pero ¿qué decir de tantos más, incluyendo muchos del clero, que dedicaron sus vidas no solo a poner parches de caridad, sino a construir obras sociales de envergadura (hospitales, orfanatos y universidades)? Pero no hay que pedir un juicio equilibrado a lo que está escrito como denuncia.

Y, por supuesto, el papado no se salva de la crítica mordaz y el lenguaje cada vez más crudo de De Rokha: “Rojo de lujuria (el Papa) Alejandro VI orina la cristiandad, a caballo; entre la alquimia y la astrología, oliendo a pólvora, pisoteando cabezas cortadas, gritos de angustia...”; (...) “César Borgia preña a la iglesia” (...) “El león de Roma (el Papa) lo anda trayendo en su carreta de vergüenza, COMO UN SOLO SOL DESVENTURADO...”. Por cierto, toda esta crítica es De Rokha hablando, pues Jesús no pudo conocer nada de ello, ya que todo a lo que se refiere De Rokha ocurrió siglos después, en el papado del Renacimiento. Sin embargo, De Rokha supone, y el lector honesto le concederá, que Jesús encontraría todo lo señalado tan repugnante y condenable como De Rokha.

El cuarto capítulo del poema vuelve a la persona de Jesús, pero es una reflexión e interpretación libre de su vida. Dice De Rokha que el joven Jesús “quería huir y no podía huir, quería huir de su destino, sacarse del pecho, quitarse del alma aquella condición egregia, aquella bandera, aquella marca del predestinado, su gran locura triste, y el alegre adolescente lloraba en él por las naranjas y las castañas y las manzanas y las botellitas olorosas del olivo, y por aquellos pechos y ... aquellos sexos de niña tan fina, que parecen aceitunas, aquellos sexos que no habrán de emborracharle nunca, nunca, nunca, y por aquella mujer clara y alta, aunque muy pequeña, que no conoció jamás, nunca, nunca...”. Aquí De Rokha toca la fibra más humana de Jesús, el encuentro con su destino y su deseo por una vida más normal. Además, se interioriza en su lado afectivo y su sexualidad,

pues Jesús es hombre, no eunuco, puntos que desarrollará más tarde en detalle Kazantzakis en *La última tentación de Cristo*.

De Rokha contrasta el sinsentido de tantas vidas con el sentido, el significado de la vida de Jesús: “¿Qué sentido tienen los grandes poetas, acariciándose las tripas, maduras de podredumbre? Él tenía significado. ¿Qué sentido tienen los pálidos capitanes de multitudes, y aquel corazón de material inmundo, que los hicieron los pueblos, como un hijo a una culebra? Él tenía significado. ¿Qué sentido tiene el hombre lleno de nada, que ilumina las alcantarillas, llorando, y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades, debajo del alma, y administra un cementerio de dioses, y contiene luz y produce sol, en aquella gran tierra de penas? Él tenía significado, y era el hombre lleno de nada y la ramera enamorada, que malpare sangre de ciudades...”. Jesús asume y hace suya la vida sin sentido de tantos. Eso le da sentido a su vida: por eso, “él tenía significado”.

Después describe la agonía de Jesús en el jardín de Getsemaní la noche antes de la crucifixión: “Era el hombre confuso y oscuro, era el hombre atropellado, cuya acción nunca suma la voluntad total, sino el hecho disperso, el hecho ajeno a la órbita geométrica, el hecho cósmico; tiritando, se afrontaba, tiritando, destruido, antes de mirarse; fue la hora tremenda del huerto, y aquel minuto de mil años mil años, entre el cielo y el mundo, crucificado, entre el cielo y el mundo, solo, ahí, en su desesperación, solo y solo, entre el cielo y el mundo, temblando, porque se tenía miedo; vagaba por adentro de sí mismo, dando gritos de espanto, grandes gritos de espanto y de locura; cargado de amarillas banderas, de horrorosas palabras, sonreía con rocío, detrás de esa gran máquina de fuego, que era su alma, cuando era su alma; conciencia en desamparo, acumulándose, construyéndose y destruyéndose, eternamente: ahí gran historia sin tiempo y sin mundo, epopeya del universo, drama de la raza humana, destino y drama de la raza humana, emergiendo del esqueleto del nazareno; puñal de dolor, que resplandece, alegremente...”. De Rokha aquí vuelve al Cristo humano, el que presiente el calvario con pavor, sí, pero lo enfrenta con entereza. De Rokha sugiere que

Jesús alcanza aquí, en su desolación en el huerto de los Olivos de Getsemaní, tal vez su mayor heroísmo, acercándose más al ideal de hombre que en toda su vida pública anterior.

Finalmente, viene la confrontación de “poderes”, entre Jesús y Pilatos: “Delante la toga romana, era el humilde y el terrible individuo elemental, el campesino que no conoce, que no define, el campesino que no requiere la jerarquía, porque el agua es hermosa y el cielo es hermoso y ambos son buenos amigos. Más poderoso aún, mucho más poderoso que el poderoso, más poderoso aún, es quien no ha menester de poder; no lo aprecia, no lo desprecia, lo ignora completamente; como el escorpión, como la oveja, como la paloma, como el dictador, bondadoso, y asesino, asesino y bondadoso, desconoce que desconoce que desconoce, y es tan bueno, porque es tan malo... Poderoso es quien supera el poder, no quien anhela el poder: él no blandía la espada, esclavo de la espada, no blandía la espada, era la espada, y el significado de la espada...”. Esta renuncia al poder mundano, como nos dice De Rokha, es la muestra del verdadero poder de Jesús, por lo que De Rokha no puede dejar de admirarlo. Pero si bien la renuncia al poder mundano es totalmente contracultural y, en ese sentido, revolucionaria, ¿es esta la actitud de un revolucionario social? ¿No nos habla esta renuncia al poder mundano de una revolución diferente y más profunda que la revolución social que De Rokha le atribuye?

Cuando Jesús le dice a Pilatos que vino a traer la verdad, Pilatos, cínico hombre de mundo, le pregunta ¿qué es la verdad? A lo que Jesús no le contesta nada. De Rokha explicita lo que él supone que Jesús pensaba. “Si hubiese establecido la verdad afuera, y hubiese dicho: ‘He ahí el ideal, adoradle’, una mentira nueva hubiese abierto los ojos; pero él decía: ‘yo soy el ideal, tú eres el ideal, sí, tú eres el ideal, porque el ideal sois todos vosotros, y los hijos de vosotros, y los hijos de los hijos de vosotros, y los hijos de los hijos de los hijos de vosotros’”. Todos somos el ideal, nos dice De Rokha. Eso pensaba Jesús, pues creía en el hombre, por eso fue crucificado. “No murió por él ni por el hombre, ni por el hijo del hombre; murió por

el engrandecimiento de lo heroico; murió así, porque es menester que mueran así los hombres-campanas, los hombres-colinas, los hombres-murallas de la existencia...”.

De Rokha concluye el capítulo volviendo a su tesis central: “Desgarrada sombra proletaria, su actitud empujaba multitudes de muchedumbres, contra la propiedad y la propiedad de la propiedad y la propiedad de la propiedad de la propiedad, mordiendo el animal de la riqueza, el alacrán de la riqueza, hundido en los corazones podridos; azotaba al publicano, al hipócrita, al fariseo, amasado con barro sagrado, y, una gran lengua eterna, como un cogote degollado, ladraba y bramaba hacia el Imperio, enorme, pariendo los cimientos venideros, la profecía infinita de la rebelión, negra, turbia, pujante, torva, arrasada de canciones enlutadas, el latigazo de la justicia definitiva, el puñetazo del herido y del maldito; era el odio, sí era el odio, que ama llorando, y aquel rempujón, que emerge desde la sombra, como una gran patada, quien gemía; entonces, aullaba la revolución proletaria, y un alarido de mujer caliente, debajo de los machos humanos, se retorció a las columnas del cielo, en oleajes viscosos de yedra de sombra; ‘clase contra clase...’”. En el fondo, Jesús murió y debió morir porque la sociedad (capitalista) no tolera a un revolucionario. Esta es la tesis de De Rokha, audaz por decir lo menos, pero más que algo forzada, punto aún más evidente en el corolario siguiente que le agrega.

Dos años después, en 1935, De Rokha le añade un quinto capítulo a su poema: “Corolario al poema *Jesucristo*”, dedicado a “José Stalin, el héroe”. La dedicación de este corolario a Stalin nos prepara para lo que viene: “Ahora ni el ‘yo’ existe, no existe sino la sociedad y la economía, condicionándola, no existe sino la alegría biológica de ser, no existe sino la DICTADURA DEL PROLETARIADO y la estructuración comunista, comandada por el partido bolchevique. Son los hechos concretos, desplazando los sueños eternos...” (...) “Y así como lo agarramos (a Jesús) y lo ubicamos entre los explotados... sepamos hoy, abandonarlo y clasificarlo a la orilla del intermediario y el confucionismo, que debe tirarse al mar impunemente... Pero

los residuos mitológicos-místicos (de su enseñanza) enturbiaron su 'estrategia', horadándole las entrañas y las palabras de santidad y símbolos míticos, coronándolo de terribles errores sociales y espinas, —que aprovecharon los empresarios criminales de la Iglesia católica, apostólica y romana, gran partera del capitalismo y sus espías... He aquí, que en este dictamen ultra-profético, caducaron los Evangelios, y al Mesías social lo substituyó el hombre consciente y dialéctico: 'clase contra clase'...".

Cabe la sospecha de que este corolario fue agregado para liberar al Jesucristo de De Rokha de toda sospecha de heterodoxia. En efecto, el Jesús de la primera parte era demasiado persona, demasiado individuo. En este corolario de 1935 se impone la ortodoxia marxista: lo que importa no es el yo, el individuo, sino la sociedad, la causa. No importan los sueños idílicos, sino los hechos concretos. De ahí que las enseñanzas de Jesús son un desvío del camino real, por lo que Jesús cumplió su función histórica, pero ahora debe ser tirado al mar impunemente.

La interpretación más benigna del poema de De Rokha es que él vio en Jesús lo que quería ver: un revolucionario social. Por exagerado que nos pueda parecer, la visión de De Rokha sirve para contrarrestar esa visión dulzona de Jesús, una especie de *hippy* predicando paz-paz. De Rokha nos recuerda, junto a los teólogos de la liberación que presentaré más adelante, que Jesús fue un verdadero revolucionario, pues su mensaje nos propone invertir los valores de este mundo. Sin embargo, me parece una grosera exageración concluir, como De Rokha, que Jesús abogó por la revolución del proletariado. Pero de que fue un provocador, contracultural y cuestionador del *statu quo* ¿qué duda cabe? En eso De Rokha tiene razón. Por eso fue condenado y ejecutado.

## REFLEXIÓN

¿Quién es Jesús? ¿El Dios de Anguita, cuyo amor es tan grande que se hizo hombre hasta la muerte en la cruz para llevarnos a *todos y a cada uno de nosotros* a él? ¿El Dios sufriente de Mistral que asume nuestra humanidad en lo que más nos pesa, el dolor? ¿O el héroe revolucionario de De Rokha, precursor de la utopía social y económica, cuyo mensaje de liberación auténtica ha sido domesticado por su Iglesia? ¿O es Jesús el enigma aún por descifrar de Parra, el agnóstico? Estos cuatro poetas reflejan la extensa gama de miradas que se han dado a lo largo de la historia en torno a la figura de Jesús y que pasaremos a considerar en el resto del libro.